

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MIGUEL LEÓN DE FIGUEROA
CALLE DE LA UNIÓN 1447

ANEXOS

MARIANO AZUELA
[1873-1952]

VÍCTIMAS DE LA OPULENCIA

I

La desvencijada puerta parecía ceder de un momento al otro, empujada por el furioso ventarrón. Sus podridas maderas crujían como gemidos humanos y el aire se colaba a chorros. Era un cuartucho desmantelado y sucio; en una cazueleja rota una mecha de sebo oscilaba su flama macilenta y rojiza, sacudida por instantes por la alocada danza del aire que entraba por resquebrajaduras y rendijas, a punto de extinguirse totalmente.

A mitad del cuarto, sobre rústica mesita de encino, reposaba el "angelito" casi cubierto de flores, desprendiendo un aroma sofocante. Le quedaba al descubierto la cabecita como botón tronchado en su tallo. Una cara enjuta, terrosa y apergamina, los cabellos untados a la frente y a los carrillos mojados todavía; los ojos entreabiertos en dos hondas cuencas violáceas.

Quando se oyó un lejano reloj público, dando las siete, una mujer que estaba acurrucada al pie de la mesa se levantó sollozando, se echó el rebozo a la cabeza y se inclinó sobre el cuerpo rígido del muertecito, puso sus labios sobre la piel reseca y helada y así permaneció algunos segundos, sacudida por el llanto y como si quisiera comunicarle el propio calor de su sangre.

Se alejó poco a poco, indecisa, como borracha. Pero ya en las calles caminó con rapidez, sin sentir el cierzo invernal que atería las carnes, ni la arena menuda levantada por el ventarrón que le azotaba la cara. Más intenso, más profundo era el otro dolor que la iba destrozando. Seguía aprisa, aprisa, con el alma hecha garras y el corazón partido por el remordimiento.

Moderó su paso ya en las calles más céntricas de la ciudad y, al llegar al pórtico de una arrogante mansión, se detuvo bruscamente.

—¿Qué hacía tanto, mujer? Ande pronto, que el niño ha despertado y la señora tuvo que batallar con él hasta que se durmió. La entretuvimos con puras mentiras.

II

La recamarita era un derroche de gracia y de lujo. Tapicerías con muñecos, animales y juguetes pintados; una gran lámpara de gruesos cristales y armazón de plata oxidada difundía discretamente su tibia claridad sobre las alfombras de color verde nilo, sobre los cortinajes musgo apagado y sobre los damascos y peluches rojos. Reverberaban las columnitas, capiteles y molduras niqueladas de la camita del niño, entre un torbellino de encajes que se levantaban vaporosos formando una nube y cerrando en pabellón por todos lados.

Reproduciéndose en las lunas distribuidas profusamente en los muros, la mujer se acercó de puntillas y entreabrió las gasas. El bebé dormía como un ángel. Sus mofletes del color de las rosas se parecían a los del Niño Dios de la parroquia.

—¿Siempre se murió el tuyo?

Volvió su rostro ajado y nada respondió a la ama de llaves que la interrogaba.

Esta se alejó levantando con indiferencia los hombros. Pitaron los cenizales en el corredor, en las azoteas maulló un gato y el reloj prosiguió imperturbable su tic-tac.

Todo igual, todo como siempre. Aquí no ha pasado nada.

III

Uno de los mimados del destino. De lo que, desde que nacen, viven a expensas de vidas ajenas. ¿Qué importa que la madre sea joven, hermosa y robusta, si hay muchas vacas humanas que se alquilan para sustituirla y con creces? La madre joven y rica no destruirá los encantos de su cuerpo ni prescindirá de sus caprichos de mujer desocupada y ociosa, si por unas cuantas monedas obtiene otros senos pletóricos de savia para su hijo. No sabe ni quiere saber que un ser humano indefenso va a ser sacrificado bárbaramente en aras de su holgazanería y de su vanidad, porque con dinero paga lo

que por dinero se vende. Su elástica moral burguesa está amparada por el cura gordinflón que dirige su conciencia y comparte el chocolate con las damas de alcurnia.

En uno de sus momentos luminosos que pasan como relámpagos fugitivos hasta en las inteligencias más obtusas, la pobre mujer tuvo la visión de la eterna injusticia de la vida. El sacrificio del hijo de la gleba en aras del placer del prócer. No sólo se le pide el sudor de su frente y el aniquilamiento de sus fuerzas en trabajos brutales, sino lo más sagrado que debería ser para él: la vida de sus propios hijos. Por el rico y para el rico la madre será peor que la loba y que la misma serpiente; les robará la savia de su pecho rebosante y pletórico de vida para ofrecerlo al niño del poderoso.

Una llamada de indignación le quema el alma. Sus manos se agitan convulsas cuando un pensamiento espantoso pasa por su imaginación calenturienta, cuando rememora escenas pasadas. Pero su conciencia no está tampoco muy quieta. ¿Por qué se dejó ofuscar por el ofrecimiento de un puñado de monedas, mucha comida, comodidas y holganza, abandonando al hijo que con sus senos llenaba de salud y de vida? Cuando quiso corregir su error, era tarde. La llamaron para que fuera a verlo, después de muchos meses de ausencia, y de su humilde casucha, a orillas de la ciudad, regresó llorando y transida de dolor. Su hijito, triste momia perdida entre unos helados pañales, con su cara envejecida, muy arrugada y doliente, con sus ojos apagados y quebradizos donde apenas quedaban señales de vida.

—Imprudente, nuestro bebé se va a enfermar con tantos lloriqueos.

Y se le prohibió terminantemente volver a su niño. En vano la pobre madre protesta y hace venir al marido.

—Sea por Dios, hija... le debemos muchos favores al amo y no nos podemos negar.

Y desde entonces no había vuelto a ver a su hijito hasta esa noche en que, por compasión, una vieja criada le facilitó la escapatoria mientras "los señores recibían".

¡Cogerlo por el cuello y allí mismo ahogarlo!

Chocaron sus dientes, una oleada de sangre bañó su cabeza, se le crisparon las manos y sus oídos zumbaron. Con los ojos espantosamente abiertos se acercó más aún. El bebé se removió en su blando lecho, abrió los ojos y reconociendo a su

nana le sonrió dulcemente, quedándose instantáneamente dormido otra vez.

Y una vez más se repitió el milagro de la inocencia que triunfa. Las manos de la mujer aflojaron, sus brazos cayeron lánguidamente de uno y otro lado de su cuerpo. Se hincó sobre la alfombra, resignadamente, santamente; inclinó su cabeza sobre la del niño y mojándola con sus lágrimas lo besó con amor.

Lagos, enero de 1904

En: *Obras Completas de Mariano Azuela*, tomo II. Letras Mexicanas. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ
[1904-1951]

LA PARÁBOLA DEL JOVEN TUERTO

...“Y vivió feliz largos años”. Tantos, como aquellos en que la gente no puso reparos en su falla. Él mismo no había concedido mayor importancia a la oscuridad que le arrebatara media visión. Desde pequeñuelo se advirtió el defecto, pero con filosófica resignación habíase dicho: “Teniendo uno bueno, el otro resultaba un lujo”. Y fue así como se impuso el deber de no molestarse a sí mismo, al grado de que llegó a suponer que todos veían con la propia misericordia su tacha; porque “teniendo uno bueno...”

Mas llegó un día infausto; fue aquél cuando se le ocurrió pasar frente a la escuela, en el preciso momento en que los muchachos salían. Llevaba él su cara alta y el paso garboso, en una mano la cesta desbordante de frutas, verduras y legumbres destinadas a la vieja clientela.

“Ahí va el tuerto”, dijo a sus espaldas una vocecita tipluda.

La frase rodó en medio del silencio. No hubo comentarios, ni risas, ni algazara... Era que acababa de hacerse un descubrimiento.

Sí, un descubrimiento que a él mismo le había sorprendido.

“Ahí va el tuerto”... “el tuerto”... “tuerto”, masculló durante todo el tiempo que tardó su recorrido de puerta en puerta dejando sus “entregos”.

Tuerto, sí señor, él acabó por aceptarlo: en el fondo del espejo, trémulo entre sus manos, la impar pupila se clavaba sobre un cúmulo que se interponía entre él y el sol...

Sin embargo, bien podría ser que nadie diera valor al hallazgo del indiscreto escolar... ¡Andaban tantos tuertos por el mundo! Ocurriósele entonces —imprudente— poner a prueba tan optimista suposición.

Así lo hizo.

Pero cuando pasó frente a la escuela, un peso terrible lo hizo bajar la cara y abatir el garbo del paso. Evitó un encuentro entre su ojo huérfano y los múltiples y burlones que lo siguieron tras de la cuchufleta: "Adiós, media luz".

Detuvo la marcha y por primera vez miró como ven los tuertos: era la multitud infantil una mácula brillante en medio de la calle, algo sin perfiles, ni relieves, ni volumen. Entonces las risas y las burlas llegaron a sus oídos con acentos nuevos: empezaba a oír, como oyen los tuertos.

Desde entonces la vida se le hizo ingrata.

Los escolares dejaron el aula porque habían llegado las vacaciones: la muchachada se dispersó por el pueblo.

Para él la zona peligrosa se había diluido: ahora era como un manchón de aceite que se extendía por todas las calles, por todas las plazas... Ya el expediente de rehuir su paso por el portón del colegio no tenía valimiento: la desazón le salía al paso, desenfrenada, agresiva. Era la parvada de rapaces que a coro le gritaban:

*Uno, dos, tres,
tuerto es...*

O era el mocososo que tras del parapeto de una esquina lo increpaba:

"Eh, tú, prende el otro farol..."

Sus reacciones fueron evolucionando: el estupor se hizo pesar, el pesar, vergüenza y la vergüenza, rabia, porque la broma la sentía como injuria y la gresca como provocación.

Con su estado de ánimo mudaron también sus actitudes, pero sin perder aquel aspecto ridículo, aquel aire cómico que tanto gustaba a los muchachos:

*Uno, dos, tres,
tuerto es...*

Y él ya no lloraba; se mordía los labios, berreaba, maldecía y amenazaba con los puños apretados.

Mas la cantaleta era tozuda y la voluntad caía en resultados funestos.

Un día echó mano de piedras y las lanzó una a una con endemoniada puntería contra la valla de muchachos que le cerraban el paso; la pandilla se dispersó entre carcajadas. Un nuevo mote salió en esta ocasión:

"Ojo de tirador".

Desde entonces no hubo distracción mejor para la caterva que provocar al tuerto.

Claro que había que buscar remedio a los males. La madre amante recurrió a la terapéutica de todas las comadres: cocimientos de renuevos de mezquite, lavatorios con agua de malva, cataplasmas de vinagre aromático...

Pero la porfía no encontraba dique:

*Uno, dos, tres,
tuerto es...*

Pescó por una oreja al mentecato y, trémulo de sañas, le apretó el cogote, hasta hacerlo escupir la lengua. Estaban en las orillas del pueblo, sin testigos; ahí pudo erigirse la venganza, que ya surgía en espumarajos y quejidos... Pero la inopinada presencia de dos hombres vino a evitar aquello que ya palpitaba en el pecho del tuerto como un goce sublime. Fue a parar a la cárcel.

Se olvidaron los remedios de la comadrería para ir en busca de las recetas del médico. Vinieron entonces pomadas, colirios y emplastos, a cambio de transformar el cúmulo en espeso nimbo.

El manchón de la inquina había invadido sitios imprevistos: un día, al pasar por el billar de los portales, un vago probó la eficacia de la chirigota:

"Adiós, ojo de tirador..."

Y el resultado no se hizo esperar; una bofetada del ofendido determinó que el grandullón le hiciera pagar muy caros los arrestos... Y el tuerto volvió aquel día a casa sangrante y maltrecho.

Buscó en el calor materno un poquito de paz y en el árnica alivio a los incontables chichones... La vieja acarició entre sus dedos la cabellera revuelta del hijo que sollozaba sobre sus piernas.

Entonces se pensó en buscar por otro camino ya no remedio a los males, sino tan sólo disimulo de la gente para aquella tara que les resultaba tan fastidiosa.

En falla los medios humanos, ocurrieron al concurso de la divinidad: la madre prometió a la Virgen de San Juan de los Lagos llevar a su santuario al muchacho, quien sería portador

de un ojo de plata. exvoto que dedicaban a cambio de templar la inclemencia del muchacherío.

Se acordó que él no volviese a salir a la calle; la madre lo sustituiría en el deber diario de surtir las frutas, las verduras y las legumbres a los vecinos, actividad de la que dependía el sustento de ambos.

Cuando todo estuvo listo para el viaje, confiaron las llaves de la puerta de su chiribitil a una vecina y, con el corazón lleno y el bolso vano, emprendieron la caminata, con el designio de llegar frente a los altares de la milagrería, precisamente por los días de la feria.

Ya en el santuario, fueron una molécula de la muchedumbre. Él se sorprendió de que nadie señalara su tacha; gozaba de ver a la gente cara a cara, de transitar entre ella con desparpajo, confanzudo, amparado en su insignificancia. La madre lo animaba: "Es que el milagro ya empieza a obrar... ¡Alabada sea la Virgen de San Juan...!"

Sin embargo, él no llegó a estar muy seguro del prodigio y se conformaba tan sólo con disfrutar aquellos momentos de ventura, empeñados de cuando en cuando por lo que, como un eco remotísimo, solía llegar a sus oídos:

*Uno, dos, tres,
tuerto es...*

Entonces había en su rostro pliegues de pesar, sombras de ira y resabios de suplicio.

Fue la víspera del regreso; caía la tarde cuando las cofradías y las peregrinaciones asistían a las ceremonias de "despedida". Los danzantes desempedrabán el atrio con su zapateo contundente; la musiquilla y los sonajeros hermanaban ruido y melodía para elevarlos como el espíritu de una plegaria. El cielo era un incendio; millares de cohetes reventaban en escándalo de luz, al estallido de su vientre ahito de salitre y de pólvora.

En aquel instante, él seguía, embobado, la trayectoria de un cohete que arrastraba como cauda una gruesa varilla... Simultáneamente al trueno, un florón de luces brotó en otro lugar del firmamento; la única pupila buscó recreo en las pollicromías efímeras... De pronto él sintió un golpe tremendo en su ojo sano... Siguió la oscuridad, el dolor, los lamentos.

La multitud lo rodeó.

—La varilla de un cohete ha dejado ciego a mi muchachito —gritó la madre, quien imploró después—: Busquen un doctor, en caridad de Dios.

Retornaban. La madre hacía de lazarillo. Iban los dos trepando trabajosamente la pina falda de un cerro. Hubo de hacerse un descanso. Él gimió y maldijo su suerte... Mas ella, acariciándole la cara con sus dos manos le dijo:

—Ya sabía yo, hijito, que la Virgen de San Juan no nos iba a negar un milagro... ¡Porque lo que ha hecho contigo es un milagro patente!

Él puso una cara de estupefacción al escuchar aquellas palabras.

—¿Milagro, madre? Pues no se lo agradezco, he perdido mi ojo bueno en las puertas de su templo.

—Ése es el prodigio por el que debemos bendecirla: cuando te vean en el pueblo, todos quedarán chasqueados y no van a tener más remedio que buscarse otro tuerto de quien burlarse... Porque tú, hijo mío, ya no eres tuerto.

Él permaneció silencioso algunos instantes, el gesto de amargura fue mudando lentamente hasta transformarse en una sonrisa dulce, de ciego, que le iluminó toda la cara.

—¡Es verdad, madre, yo ya no soy tuerto...! Volveremos el año que entra; sí, volveremos al Santuario para agradecer las mercedes a Nuestra Señora.

—Volveremos, hijo, con un par de ojos de plata.

Y, lentamente, prosiguieron su camino.

En: *El diosero*. Letras Mexicanas, N° 4. México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

EFRÉN HERNÁNDEZ
[1903-1958]

TACHAS

Eran las 6 y 35 minutos de la tarde.

El maestro dijo: "¿Qué son tachas?" Pero yo estaba pensando en muchas cosas; además, no sabía la clase.

El salón de estos hechos tiene tres puertas, de madera pintada de rojo, con un vidrio en cada hoja, despulido en la mitad de abajo.

A través de la parte no despulida del vidrio de la puerta de la cabecera del salón, veíanse, desde el lugar en que yo estaba: un pedazo de pared, un pedazo de puerta y unos alambres de la instalación de luz eléctrica. A través de la puerta de en medio, se veía lo mismo, poco más o menos lo mismo, y, finalmente, a través de la tercera puerta, las molduras del remate de una columna y un lugarcito triangular de cielo.

Por este triangulito iban pasando nubes, nubes, lentamente. No vi pasar en todo el tiempo, sino nubes, y un veloz, ágil, fugitivo pájaro.

Es muy divertido contemplar las nubes, las nubes que pasan, las nubes que cambian de forma, que se van extendiendo, que se van alargando, que se tuercen, que se rompen, sobre el cielo azul, un poco después que terminó la lluvia.

El maestro dijo:

—¿Qué cosa son tachas?

La palabrita extraña se metió en mis oídos como un ratón a su agujero, y se quedó en él, agazapada. Después entró un silencio caminando en las puntitas de los pies, un silencio que, como todos los silencios, no hacía ruido.

No sé por qué, pero yo pienso que lo que me hizo volver, aunque a medias, a la realidad, no fueron las palabras, sino el silencio que después se hizo; porque el maestro estaba hablando desde mucho antes, y, sin embargo, yo no había escuchado nada.

"¿Tachas? ¿Pero, qué cosa son tachas?" Pensé yo. "¿Quién va a saber lo que son tachas? Nadie sabe siquiera qué cosa son cosas, nadie sabe nada, nada."

Yo, por mi parte, como ejemplo, no puedo decir lo que soy, ni siquiera qué cosa estoy haciendo aquí, ni para qué lo estoy haciendo. No sé tampoco si estará bien o mal. Porque en definitiva, ¿quién es aquel que atinó con su verdadero camino? ¿Quién es aquel que está seguro de no haberse equivocado?

Siempre tendremos esta duda primordial.

En lo ancho de la vida van formando numerosos cruzamientos los senderos. ¿Por cuál dirigiremos nuestros pasos? ¿Entre estos veinte, entre estos treinta, entre estos mil caminos, cuál será aquel, que una vez seguido, no nos deje el temor de haber errado?

Ahora, el cielo, nuevamente se cubría de nubes, e iban haciéndose en cada momento más espesas; de azul, sólo quedaba sin cubrir un pedacito del tamaño de un quinto. Una llovizna lenta descendía, matemáticamente vertical, porque el aire estaba inmóvil, como una estatua.

Cervantes nos presenta en su libro: *Trabajos de Persiles y Segismunda*, una llanura inmóvil y en ella están los peregrinantes, bajo el cielo gris, y en la cabeza de ellos, hay esta misma pregunta. Y en todo el libro no llega a resolverla.

Este problema no inquieta a los animales, ni a las plantas, ni a las piedras. Ellos lo han resuelto fácilmente, plegándose a la voluntad de la Naturaleza. El agua hace bien, perfectamente, siguiendo la cuesta, sin intentar subir.

De esta misma manera, parece que lo resolvió Cervantes, no en Persiles que era un cuerdo, sino en Don Quijote, que es un loco.

Don Quijote soltaba las riendas al caballo e iba más tranquilo y seguro que nosotros.

El maestro dijo:

—¿Qué cosa son tachas?

Sobre el alambre, bajo el arco, se posó un pajarito diminuto, de color de tierra, sacudiendo las plumas para arrojar el agua.

Cantaba el pajarito u fifí, fifí. De fijo el pajarito estaba muy contento. Dijo esto con la garganta al aire; pero en cuanto lo dijo se puso pensativo. "No", pensó, con seguridad, "esta canción no es elegante." Pero no era ésta la verdad; me